Theatrum

José Luis Lacaci

Theatrum

José Luis Lacaci

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2025
© José Luis Lacaci, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-53-6
THEMA: FBC - FFJ
DEPÓSITO LEGAL: M-4387-2025

PRÓLOGO

La imaginación, «esas alas mágicas que nos permiten volar sin dejar el suelo**».**

En estos tiempos que vivimos, entregados a la inteligencia artificial, la imaginación es y será un valor cada vez más escaso. Siempre me preocupé de que mis hijos la cultivaran e invirtieran en ella desde pequeños, y sin duda les ha enriquecido.

La imaginación es por tanto mi tesoro más valorado. Confío en que, al cerrar el ciclo de las tres novelas, su lectura abra un nuevo horizonte para las que vengan a continuación.

El primer volumen fue *La rebelión del tiempo*, después *La tríada maldita* y ahora *Theatrum* cierra la trilogía.

CAPÍTULO 1

Ángela no acababa de comprender la actitud de Fredy; aquella mujer, sin duda una actriz por su vestimenta tan peculiar y su presencia sobre el escenario, les había indicado con meridiana claridad la dirección que habían tomado Pandora y su acompañante. La mujer del pelo rojizo hizo un ligero ademán de disculpa hacia la actriz por haberla interrumpido en su ensayo y, sujetando fuertemente la mano del profe, le arrastró literalmente fuera del proscenio en dirección a la pata derecha de tela del escenario, hasta alcanzar el pasillo lateral de la platea en dirección a la salida.

—Fredy, no te entiendo; te has quedado como clavado en el suelo. Vamos a perderla, ¡y pensar que esa mujer nos ha indicado claramente por donde han salido! Parecía que tú no tenías ningún interés en seguirles, como si quisieras que desaparecieran de nuevo. Tienes que comprender que se trata de mi madre, ¿lo entiendes? ¡Pandora es mi madre!

—Sí, tu madre, que te abandonó a tu suerte cuando eras una niña de seis años. Tu madre, que te ha vuelto a abandonar hace unos días sin explicaciones. Además, no entiendo esa reacción tuya de arrastrarme a toda pastilla por el escenario porque no sé qué mujer te había indicado no sé qué cosa. ¿Se puede saber qué

te ocurre? No entiendo nada, solo sé que casi tropiezo con parte de la tramoya entre bastidores y a punto he estado de romperme una pierna.

—Tú la has visto igual que yo señalándonos el camino que habían tomado, pero realmente me ha parecido que no te interesaba lo más mínimo. Sé de sobra que no se debe interrumpir un ensayo y menos siendo una intrusa desconocida, pero cuando estábamos mirando desde el palco y les he visto a los dos en el arroje de la parte izquierda del escenario, no he podido evitar correr hacia ellos, aunque cuando hemos bajado ya se habían ido. Ha sido cuando esa mujer me ha mirado con ese gesto de angustia, como si comprendiera lo que estoy pasando… y te diría más: antes incluso de preguntarle, me ha indicado con su mano el lugar por el que habían salido. Luego debo pasar a disculparme con ella y darle una explicación.

—Cariño, me estás asustando. ¿Te encuentras bien?

—Claro que me encuentro bien, ¿por qué dices eso?

Ángela y Fredy ya se ubicaban en el vestíbulo del teatro Cervantes, que estaba desierto a esas horas, igual que las calles de Almería, que dormía perezosamente la siesta, recostada sobre sus piedras acolchadas y tapizadas con la pátina de la historia.

No había señales de vida de Pandora, y después de hacer un barrido visual por toda la estancia del vestíbulo, Fredy miró a Ángela a los ojos y esta vez, la habló con ternura.

—Me estás contando que había una mujer que ensayaba y parece ser que te ha indicado algo como respuesta a una pregunta tuya.

—Sí. ¿Y qué tiene eso de extraño? Ella había presenciado la escena de los dos escabulléndose por un lateral. ¿Que he

interrumpido un ensayo? Sí, por eso intento disculparme después con ella.

—Pero Ángela, ¿disculparte con quién? ¿Y de qué…? —. Fredy se tomó un momento—. De acuerdo, cariño, sígueme al interior de la sala.

Las puertas de acceso al patio de butacas se abrieron al paso de la pareja y el majestuoso teatro Cervantes les acogió de nuevo entre sus vetustas paredes, brocadas con labrados adornos de preciosos búcaros y máscaras griegas, rematado en el frontal por un espectacular escenario, vacío y con las baterías de luces apagadas.

—Lo sabía, la he desconcentrado y la he sacado del papel. Con lo complicado que es entrar en el personaje y más si ensayas sola. Se ha marchado, pero acompáñame a los camerinos que seguro que aún está allí.

—Ángela, por favor, espera un momento y déjame hablar. No hay ninguna mujer, no ha habido ninguna mujer en el escenario. Sí que es cierto que has balbuceado algunas palabras que no he llegado a entender, pero a nadie en particular, porque no había nadie más que yo. Estás muy nerviosa por lo de tu madre y te está afectando. Vámonos ya y luego, con Daniela y Javier, tratamos de ordenar nuestras ideas y poner las cosas en su sitio, que alguna explicación coherente tendrán. Pandora lleva sobreviviendo muchos años sin ti y justamente ahora no tiene por qué ocurrirle nada. Todo tendrá una explicación y la encontraremos.

«La mujer de las nubes», como solía llamarla Fredy por su anterior trabajo de azafata, no podía contener su asombro ante las palabras del profe. ¿Se estaría volviendo loca? Pedro Maldonado, Cardoze, el canalla que la había apartado de su madre nuevamente ¿También la habría trastornado ahora a ella?

—¿Qué insinúas, Fredy? ¿Que estoy perdiendo el norte y tengo alucinaciones? Allí, sobre aquel escenario, había una mujer aparentemente muy angustiada, quizá por verme tan preocupada, y casi sin dejarme preguntar, me ha indicado el lugar por el que se habían ido. Iba vestida con ropa de escena clásica de principios del siglo XX. Creo que llevaba una rosa roja en el pecho.

—Ángela, te juro que no he visto a nadie, pero no quiere decir que estés perdiendo el norte. Puede haber varias explicaciones para ello y ahora nos vamos a tranquilizar y seguro que encontraremos la correcta. Salgamos a la calle a oxigenarnos, que aquí huele a cerrado y está el ambiente un poco cargado.

CAPÍTULO 2

Todo había comenzado unos meses atrás, cuando Federico Roca, Fredy, el afable profesor universitario, historiador y codirector, junto a su amigo Javier Valdés, del programa de radio *La rebelión del tiempo*, con una audiencia de las más fieles del panorama nacional, había recibido un escueto mensaje en su correo que decía: «Llegaré a Madrid el próximo jueves y necesitaré vuestra valiosa ayuda. Aterrizaré en Barajas en el vuelo de las 21:00 procedente de Florencia. Te agradecería que me buscaras un hotel para esa noche porque tengo alquilada mi casa, como ya sabes. Si tienes algún inconveniente me lo comunicas y me planifico de otra forma. Ya os pondré al tanto a ti y a los Valdés. Un abrazo para todos, Ángela».

Aquel mail había dejado perplejo al Profe. Ángela llevaba tres años fuera de España y apenas habían cruzado cinco llamadas telefónicas para felicitarse por su cumpleaños y Navidad.

Recordó aquel mes de enero y aquella dolorosa despedida. Fueron varios los motivos, pero sobre todo dos de ellos, los que inclinaron la balanza hacia el lado de la ruptura. Vivían una felicidad aparente, porque ella seguía teniendo un enorme vacío en su interior. No había superado el abandono por parte de su madre cuando apenas tenía seis años. Con el paso del tiempo, había

averiguado que la oscura mano del que pensaba era la cabeza visible o líder de una secta, la había captado y arrastrado lejos de ella, con engaños, hacia la autodestrucción.

Le comunicó a Fredy entonces que recientemente había encontrado algunas pistas sobre el posible paradero de Pandora, que así se llamaba su madre. Debía ir a Grecia a buscarla y debía ir sola, sin otras cargas emocionales que la distrajeran de su objetivo. También se le había presentado la oportunidad de completar sus estudios escénicos de teatro clásico en una prestigiosa escuela de arte dramático de Grecia.

De mutuo acuerdo, ambos dieron por finalizada su relación sentimental y el Profe le trasmitió su plena disposición a ayudarla desinteresadamente en cualquier momento que ella pudiera necesitarle.

A Fredy se le había partido el alma, pero entendía los motivos de Ángela, y no quería ser el obstáculo que impidiera el feliz desenlace de aquella traumática y duradera situación familiar.

Aquella tarde de invierno, a Federico Roca se le había helado el corazón y así se había mantenido hasta las veintiuna horas de un jueves de mayo, tres años después.

El taxi acababa de hacer su parada en la zona de llegadas internacionales de la terminal correspondiente del aeropuerto madrileño Adolfo Suarez-Barajas. Fredy saltó del interior del mismo en el momento que se abrió la puerta, como si de un avezado paracaidista se tratara. Tenía la sensación de flotar, como si su cuerpo se desplazara luchando contra la falta de gravedad. Era la misma sensación de aquella experiencia en el túnel de viento del centro comercial, en la Navidad pasada, cuando llevó a Alex, el hijo de Daniela y Javier. La proximidad del momento de su reencuentro con «la mujer de las nubes» le mantenía en una especie

de éxtasis, como santa Teresa, motivo de discusión a menudo entre Daniela, mujer de Javier, abulense devota de la santa, y él.

Había comprado un ramo de rosas en la floristería del barrio y, al verse reflejado en el espejo del aseo, donde había entrado para peinarse y darse un último vistazo, se vio ridículo con él y lo depositó en una papelera.

El panel anunciador de los vuelos próximos a aterrizar marcó el número y procedencia de origen coincidente con el de Ángela, y el deshielo se produjo en un instante. El corazón del Profe comenzó a bombear hasta que al cabo de unos minutos se abrieron las puertas de acceso y su «mujer de las nubes» ya estaba en tierra, a unos pasos de él.

El runrún de las ruedas de los carros y las maletas eran música celestial para sus oídos, y la figura esbelta de Ángela, con el movimiento cadencioso de sus caderas, acompasado con el de su cabello rojizo, apareció ante él como un fogonazo deslumbrante. Ella había vuelto y no estaba dispuesto a dejarla ir de nuevo si estaba en su mano.

Aquel abrazo le hizo vibrar como hacía tiempo y volvió a disfrutar del brillo de aquella sonrisa sincera y cautivadora.

—Hola, profesor ¿cómo estás? Me alegro de verte.

—¿Profesor? ¿A qué viene eso? ¿Intentas marcar distancias desde el primer momento?

—Perdóname, Lo siento, Fredy, estoy muy confundida en estos instantes. Hay una especie de acto reflejo en mí que me hace marcar distancia con la gente y me cuesta confiar. Atravieso una de las etapas más convulsas de mi vida, aunque sabes que desde siempre ha sido muy complicada. Tú no tienes la culpa de nada, todo lo contrario, fuiste el faro que me iluminó cuando llevaba una vida triste y oscura, llena de frustraciones. De

hecho, estás aquí porque no confío en nadie más, a excepción de Daniela y Javier, pero de una forma diferente.

Fredy la abrazó más fuerte y sintió sobre su mejilla la humedad de una lágrima de Ángela, que inmediatamente enjugó con su pañuelo. Luego se hizo cargo del equipaje y ambos se encaminaron hacia la salida a tomar un taxi.

Durante el largo trayecto hasta la parada, ninguno pronunció palabra alguna esperando que el otro lo hiciera. Una vez guardadas las maletas en el habitáculo de la parte trasera y acomodados en los asientos, Fredy indicó al conductor el destino, su casa del barrio de Moncloa, junto a la universidad donde trabajaba.

—No entiendo, Fredy, te dije que me buscaras un hotel. No sé los días que estaré y no quiero causarte molestias; sé que estarás en época preparatoria de exámenes y además tienes tu programa. Seguís con el programa, ¿verdad? Lo cierto es que no sé mucho, solo lo que me contaste en las pocas veces que hemos hablado por teléfono. De verdad, llévame a un hotel, será mejor para los dos, creo que después de… sería lo más adecuado.

—De eso nada. Como dijo Richard Bach: «nuestra amistad no depende de cosas como el espacio y el tiempo», es el vínculo imperecedero que no se desgasta con los años. No podía haber dicho una frase más cursi, pero es la primera que me ha venido, ya me conoces. Con quién voy a compartir mi tiempo mejor que con la amiga que me lo solicita, sea cual sea el motivo. Además, he reservado mesa para cenar en el mesón de Ciri, junto a casa, y nos vamos a tomar unas cocochas con almejas de las que te gustaban tanto. No se hable más, a casa del Profe.

Ángela había aterrizado en la capital en plenas fiestas de san Isidro, su patrono, un jueves laborable, aunque la mayoría de los madrileños disfrutaba del puente.

—Como verás, todo sigue igual: los mismos muebles, los mismos libros, los mismos discos, el mismo olor a café y hasta la misma mancha en la alfombra. ¿Recuerdas cuando se volcó el vaso de burdeos francés que me trajiste, al brindar en mi cumpleaños? No hay manera de que salga, creo que es para hacerme recordar los años que voy cumpliendo, ja, ja, ja —dijo Fredy cuando llegaron a su casa.

—Claro que lo recuerdo. Te dio por hablar de la revolución francesa y de Napoleón hasta que Javier te puso un esparadrapo en la boca, ja, ja. Por cierto, ¿qué es de Javier y Daniela? Y del pequeño Alex, por supuesto.

—Ya no es tan pequeño, ha sobrepasado a su madre. Están pasando el puente en la casa de Menorca y, por consiguiente, navegando en el «Delfín sonriente». Me invitaron a ir, pero obviamente yo tenía otros planes, aunque no les he hablado de tu llegada por el momento hasta que lo hagamos tú y yo y me pongas al tanto. Leí en tu mail que te gustaría contar también con la ayuda de ellos, pero no quise truncarles el viaje que tanta ilusión le hacía al niño, y total, serán tres días. Se han llevado a unos amigos: Oscar, ejecutivo de una consultora y Yolanda, su mujer, que trabaja en turismo. Juntos tienen dos hijos, Hugo y Diego, este último de la misma edad que Alex, así que han hecho muy buenas migas.

»Javier pasó unos años duros de los que gracias a Dios se repuso y ahora alterna la dirección de su consultora con la dirección del programa de radio, mejor dicho, la codirección, porque yo me hago cargo cuando él no puede.

»Daniela también ha tenido su ración de desgracias, pero todo está olvidado. Dirige una revista digital de carácter social, que pertenece al grupo editorial en el que lleva unos años

trabajando; y Alexis es un chaval fuera de serie. Saca unas notazas y le encanta pintar, dice que hará Bellas Artes, pero su padre está empeñado en que estudie Historia como nosotros. Daniela apoya a Alex y yo también; creo que lo conseguiremos, porque no se puede luchar contra el destino y el chico a sus quince años lo tiene cada día más claro.

»Te he arreglado mi habitación para que te instales, yo dormiré en el cuarto de invitados. Si encuentras un calcetín con pingüinos en algún rincón me lo guardas que tengo el otro en la lavadora.

—De ninguna manera. O me dejas a mí en el cuarto de invitados o pido un taxi ahora mismo y busco un hotel, y no es negociable.

—De acuerdo, pero que conste que lo del calcetín era broma, ja, ja, ja.

—Genio y figura… No has cambiado, pero me gusta que sigas siendo el mismo Profe de siempre.

CAPÍTULO 3

El barrio no era el mismo debido al puente. Los estudiantes habían emigrado en su mayoría a ver a su familia o simplemente a cambiar de aires por unos días. Cuando la pareja salió de cenar, solo se oían en la lejanía, unos cohetes de la verbena y el aire traía algunos compases de una orquesta en el escenario de un parque, un tanto alejado. La noche era joven y se había maquillado con polvo de estrellas, lo que la hacía aún más atractiva. Fredy propuso dar un paseo antes de subir a casa y Ángela aceptó inmediatamente la moción.

El paseo de Rosales se había llevado todo el ambiente del barrio de Argüelles a sus terrazas, que, bulliciosas, eran un ir y venir de gente riendo y disfrutando de una noche hecha a medida para enamorados, expertos en el antiguo arte de besar, y enamoradizos, en busca de alguien a quién embelesar y matricularse en las complejas asignaturas amatorias que se imparten durante esas noches mágicas en Madrid.

Fredy fue el primero en ver cómo se levantaba una pareja, y como impulsado por un resorte, de un salto tomó posesión de la mesa, que gozaba de una panorámica espectacular de Madrid y al fondo la sierra, que se perfilaba sobre el horizonte iluminada por la increíble luna llena. Pidieron dos copas y Ángela le miró

fijamente, con una mirada franca, mientras procedía a contarle, en resumen, cómo habían trascurrido esos años de ausencia y el motivo de su enigmático correo.

—Conoces de sobra la historia de mi vida. Cómo mi madre fue captada, o mejor, cautivada por un hombre y desapareció un día, sin dar señales de vida, dejando a papá y abandonándome también a mí con tan solo seis años. Mi padre y mi abuelo se empeñaron en buscarla por su cuenta y me dejaron interna en un colegio, donde ya sabes los abusos que sufrí, que me marcaron para siempre.

»Papá nunca denunció la desaparición, confiando en su vuelta. Pasó el tiempo y falleció el abuelo y mi padre no tardó mucho en acompañarle. Quedé huérfana y me llevaron a una institución donde un matrimonio me adoptó. Tuve una adolescencia muy desgraciada a pesar del cariño que aquel matrimonio me prodigaba, pero no eran mis auténticos padres y en cuanto cumplí la mayoría de edad me marché de casa a vivir mi propia vida.

»Al cabo del tiempo, conocí a un hombre mayor que yo que me daba lo que necesitaba: seguridad. Con los años, averigüé que estaba casado y llevaba una doble vida. Entonces mi psicóloga me dijo que lo que yo buscaba era ese padre que había perdido, y que entre ese hombre y yo no había amor.

»Corté toda relación con él y una temporada sin tener contacto sentimental alguno con un hombre, pensando que todos eráis iguales, hasta encontrarte a ti. Eres la mejor persona que se ha cruzado en mi camino y cada día me arrepiento de mi comportamiento ese mes de enero de hace tres años, cuando te dejé por una quimera, por una obsesión que ha estado a punto de hacerme enloquecer.

—Mi preciosa mujer de las nubes, hiciste lo que debías en ese momento. Nuestra relación se deterioraba más y más a medida que pasaba el tiempo sin resolver tu pasado. Yo habría hecho lo mismo si hubiera tenido una ínfima pista que me condujera a encontrar a mi madre. Si me lo hubieras pedido aquel día, habría dejado todo para ayudarte en tu búsqueda, pero no lo hiciste y lo respeté. Tampoco pensé nunca que el teatro significara tanto para ti como para romper conmigo por realizar tu sueño de actriz.

—Sabes que no fue solo por completar mi formación teatral. Mi madre estaba permanentemente en el centro de mi mente y nublaba el resto de mis emociones, incluyéndote a ti. Te resumiré brevemente lo que me impulsó a aquella decisión y cómo se ha desarrollado mi vida estos años:

»Mi abuelo Paco me contó que mamá no era feliz. Mi padre era un buen hombre, mecánico de profesión, trabajo que le mantenía ocupado en el taller prácticamente todo el día. Cuando llegaba a casa, estaba exhausto de la dura jornada y apenas acababa de cenar se retiraba a descansar y no existía complicidad en la pareja, ni comunicación. Eso, día tras día, año tras año. Mamá era inquieta y tenía unas cualidades artísticas innatas; desde que era niña quería ser actriz, disfrutar de los aplausos del público y soñaba viajar constantemente en una gira interminable por todos los teatros del mundo. Eso era imposible de realizar junto a papá y una niña de seis años, pero se apuntó a un grupo de teatro aficionado de barrio, junto a su casa en Madrid, simplemente por «matar el gusanillo» de actuar, y se encontró tan inmersa en el ambiente escénico que se enganchó como una adicta a las tablas.

»El profesor del grupo cada vez le daba una dosis más fuerte de teatro, hasta que ya no había retorno. La caja del escenario

acabó convirtiéndose en la terrible «caja de Pandora» y, como en la mítica leyenda griega, se desataron los truenos y ese hombre atento y complaciente mutó al ser más abyecto y posesivo, apoderándose de su voluntad y forzándola a abandonar todo para seguirle a él. De todos los nombres griegos de mujer, mi abuela escogió para ella el más tremendo: Pandora.

—O sea, que tu afición al teatro es genética pura. Lo has mamado desde pequeña y…

—No, Fredy. Yo tardé un tiempo en enterarme de todo. Mamá no hablaba de ello en casa, aunque papá sabía de sobra lo que ocurría, según me contó el abuelo.

»Un día, ella no volvió, y cuando a la mañana siguiente el abuelo y papá fueron a preguntar a la escuela de artes escénicas, nadie supo darles una explicación, o al menos una coherente. Papá averiguó que un tal Pedro Cardoze, profesor de interpretación, había dejado la escuela el día antes y que tenía gran influencia sobre Pandora, por no decirle claramente que había algo más entre ellos. Mi padre sospechó desde el principio que se trataba de una desaparición voluntaria y no la denunció a las autoridades. Siguieron buscando los días y semanas posteriores hasta que se convirtieron en meses. A mí me habían relegado a un segundo lugar en sus prioridades y me habían dejado internada en una especie de institución pública de acogida mientras se resolvían los «problemas» familiares. Nunca olvidaré los «problemas» que me ocasionó a mí aquella estancia en el infierno, con aquel hombre repugnante que me visitaba cada noche.

Ángela no pudo contener el llanto y se derrumbó sobre sus manos, que sujetaban la cara, convertida en la tétrica máscara de la tragedia. Fredy la abrazó y recostó la cabeza de la dama